

# «CAÑIZOS» Y «ROSCADEROS» EN LA PROVINCIA DE ZARAGOZA

MARIA ELISA SANCHEZ SANZ

Las cañas que bordean las infinitas acequias y canales que cruzan buena parte de los paisajes zaragozanos crecen hasta los 800 m. sobre el nivel del mar y han sido utilizadas tanto para hacer con ellas empalizadas (los «bardos» y «barreras» que frenan la violencia del cierzo que, a velocidades de más de 150 Km/h., arrasaría los tallos tiernos de las hortalizas cuidadas con esmero en Tarazona, Borja, Mallén, Mediana, etc.), como para hacer palos de escoba en la famosa fábrica que Francisco Roba tenía en 1907 en la Plaza de San Felipe de Zaragoza. Y, desde luego, para elaborar las distintas clases y formas de cestos, con funcionalidades bien dispares que todavía perviven milagrosamente en algunas casas.

Pero la pieza más destacable y característica de la cañicería zaragozana es precisamente el «cañizo», que, con forma rectangular, se ha empleado prácticamente para todo. Razones de espacio me impiden abordar su estudio en todas y cada una de las facetas funcionales que presenta, por lo que me veo obligada a explicar únicamente su utilización en la arquitectura, acompañado de la chimenea, también de caña, que era realizada igualmente por los cañiceros, adoptando una forma cilíndrica. El «cañizo», no obstante, se ha empleado, además, para secar productos agrícolas, así como ciertos manjares del matapuerco, por esa virtud de *hacer correr el aire* cuando está apoyado o colgado de algún elemento.

Hay, no obstante, otra pieza cesterera, muy peculiar de la ribera del Ebro zaragozana, conocida como «roscadero», pero elaborada con mimbre negro (o sin pelar), que, aunque tradicionalmente ha tenido y tiene todavía una función agrícola para transportar dentro de él hortalizas y verduras, ha sabido ser ligeramente variado en su estructura formal por los cesteros, para servir como parapeto a la hora de enfrentarse con los

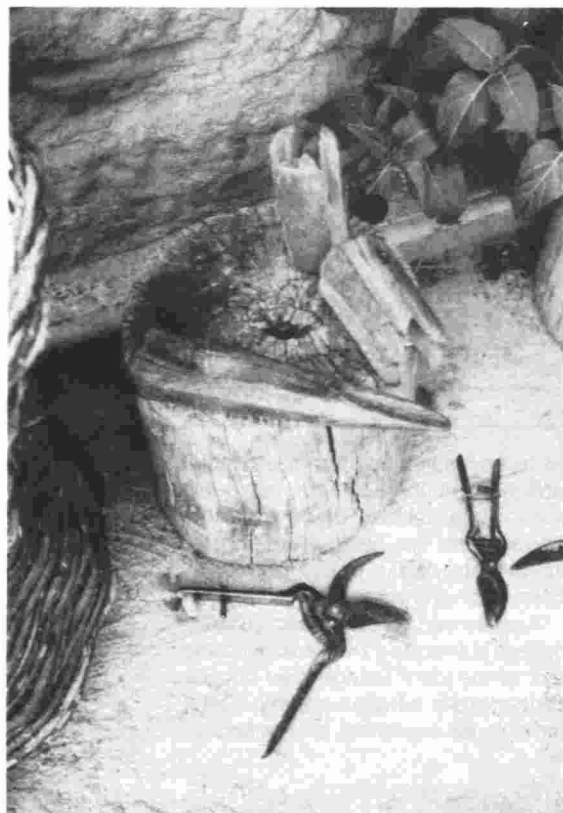
toros en las fiestas patronales de varios pueblos riberaños que han sublimado esta «suerte de roscadero», haciendo de ese cesto el aliado más importante de las peñas de mozos cuando se enfrentan al astado.

A estas tres piezas («cañizo», «cestaño» o chimenea y «roscadero») como elementos identificadores de la cañicería-cestería zaragozana voy a referirme en las siguientes breves notas.

## EL CAÑIZO

El dominio de esta pieza de cestería se da en Aragón ya desde siglos atrás, y aquellos hombres que los hicieron en otras épocas, como los de hoy, consiguieron un maridaje perfecto entre el equipamiento arquitectónico y el respeto ecológico. Techos, «cielos rasos», tabiques, paredes exteriores o aleros, han sido las respuestas dadas por la historia. Con su adaptabilidad estructural y con su poco coste, el «cañizo» ha tenido una difusión asombrosa.

Es aleccionador comparar los yacimientos arqueológicos, por ejemplo, de época celtibérica (Contrebia Belaisca —Botorrita—) (1) o de Fuentes de Ebro —en los que aparecieron fragmentos de yeso con señales de cañas— con las casas abandonadas hace más de veinticinco años y comprobar que, en ambas situaciones, se puede observar un hecho semejante: las masas de yeso custodiadas por la tierra —en el caso de las excavaciones— o las caídas en el suelo de las habitaciones y ya a la intemperie —en el caso de las casas destruidas—, presentan señales de que en ellas existieron elementos de cohesión con cañas (posiblemente en los dos casos se trate de «cañizos»). Las primeras muestras nos sirven para empezar a conocer un sistema constructivo de techumbre ya muy antiguo. Las segundas nos evidencian una muerte lenta, pero progresiva, y un aban-



Instrumental: Abridores, razón, tijeras.

dono lamentable y evidente de técnicas muy arcaicas que poco a poco se sustituyen por formas de construcción y materiales más modernos. Es descorazonador ver una y otra vez las muestras de improntas vegetales (fundamentalmente de «cañizos») que he podido documentar no solamente entre las ruinas de muchas casas zaragozanas sino también en los verdaderos o escombreras a los que se arrojan los restos de las obras cada vez que una familia decide remodelar su hogar, sin que por ello se haya podido demostrar que la uralita y otros métodos de cubrición modernos hayan conseguido un sistema de aireación tan perfecto como el que permite el «cañizo».

De forma general se puede decir que el «cañizo» es una estructura rectangular hecha de caña con la técnica cestería de «tejido en cerco» que oscila en cuanto a sus dimensiones entre 0,80-1 m. x 2-2,50 m.—con medidas intermedias (varían según localidades o funciones)—. Es una pieza suelta que puede llegar a formar una estructura muy grande juntando varias unidades. Sus aplicaciones son infinitas, pero usado en albañilería, ha servido como techo, «cielo raso», suelo, tabique, pared exterior y alero.

La elaboración de un «cañizo» es muy semejante en casi todas las lo-

calidades zaragozanas donde se hacen, aunque los instrumentales con los que los cañiceros se ayudan tienen sus particularidades y reciben diferentes nombres.

Todos los profesionales coinciden en que no debe trabajarse la caña verde, sino que se debe esperar a trabajarla cuando está «curada», por lo menos un año después de haber sido cortada, primero, porque pesará menos y se trabajará mucho mejor y, segundo, porque al estar seca «salta» muy bien al «rajarla». «*La caña si está blanda no hace juego; para ir bien tiene que rebujarse*» [Angel Pardo. Borja].

La realización de un «cañizo» conlleva la selección de las cañas: rectas, largas y finas —las que no sirven para hacer «cintas» o «gajos»— para ponerse de armazón; las finas para reforzar, y las torcidas y gordas para «rajarias» y hacer de cada una de ellas tres y hasta cuatro tiras o partes («cintas», «gajos», «correas», etc.), que han de estar en remojo unas cinco horas antes de ser trabajadas o bien mojarse con una regadera unos cuantos minutos antes de usarlas, necesiándose un total aproximado de unas 55 cañas para cada «cañizo». Algunos cañiceros cortan a medida las cañas que van a servir como «maestras» y «pilares» del «cañizo». Pero otros emplean las cañas en toda su extensión o longitud y los «pilares» los cortan a una medida concreta después de haber sido finalizado el «cañizo», en el momento en que proceden a «igualarlo».

Ha habido, no obstante, dos formas de hacerlos, según se emplearan bastidores o no. La manera más rudimentaria, simple y elemental estuvo vigente hasta no hace muchos años en el Bajo Aragón zaragozano, no contando con soportes donde instalar las cañas verticales («gobieranos», «pujans», «costillares»), sino haciéndolo en cinco agujeros o po-



Instrumental: Rajador de caña. Partidores de mimbre.

cetes en la tierra y siendo frecuente que las mujeres de los cañiceros les ayudasen en toda esta actividad. Así ocurrió en Nonaspe, por ejemplo. El número de «pilares», en este caso como en el posterior, debe ser obligatoriamente impar, porque si no, al «tejer el cañizo», como la «cinta» de la caña «rajada» tiene que volver, la fibra saltaría.

Sin embargo, la forma más generalizada, habitual y plenamente asentada en el resto de Zaragoza fue elaborar «cañizos» introduciendo cinco cañas rectas (los «pilares» o «costillas») y dos gruesas —las de los extremos o «maestras»— en las oquedades de un bastidor («barco» o «urdidor»), poniéndoles hacia la mitad o arriba la «guía» o «medida» (cañas que marcan la anchura del «cañizo» para evitar que converjan las cañas «maestras» que se retirarán un poco después). Una caña se ata por delante y otra por detrás. La de detrás es la que está más próxima al «barco» y la de delante se pone aproximadamente hacia el medio. Todo este trabajo se comienza arrodillándose en el suelo o *en cuclillas*. Toman una «cinta» y se inicia la confección del «primer anillo». Hacen la «sortija» (en Belchite), elaborando así la primera vuelta. Una vez realizado todo esto, el armazón constituido se apoya sobre algún parapeto o contra la pared y siguen trabajando de pie. A partir de ahora se practica un «tejido en cerco» con las cañas «rajadas» («hacer la segunda cinta» en Belchite), calculándose al empezarlo que el primer trozo de una «cinta» llegue de lado a lado, pasándola por delante de un «pilar» y por detrás de otro, doblándose sobre las «maestras» y siguiendo el «tejido» hacia arriba. Las «cintas» no deben tener nudos para que no se rompan al darles la vuelta sobre las «maestras»: *«Si cae un nudo al hacer la vuelta en la maestra se corre la caña dos dedos para que no padezca»*. *«La caña se mete por donde se termina la punta delgada y a pasar al otro lado. Siempre se comienza cuando se acaba la caña por el medio, no por las maestras.»* [Joaquín Romea. Carenas]. Por el contrario, otros cañiceros opinan que *«cada vez que se acaba una cinta es mejor meterla siempre en los pilares de los extremos y continuar adelante; por los del medio también se puede, pero el cañizo queda peor»* [Manuel Palacín. Ateca]. El «tejido» que van realizando se golpea con la «maza» para tupirlo.

Algunos cañiceros cuando sólo les falta, aproximadamente, un palmo para terminar el «cañizo» le quitan la «medida» y comienzan a «embutir» o

«investir», acto de reforzarlo, metiendo junto a las cañas «maestras» y «pilares» algunas otras más finas de modo que puedan quedar distribuidas así en su armazón:

3	6	5	6	3
4	8	6	8	4
5	7	3	7	5
6	10	8	10	6

Y se cierra el «cañizo». Para ello suelen poner en los lados más estrechos unas «trabas» u horquillas que llegan hasta más abajo de la mitad: cuatro tiras de caña que sirven para «coserlo», esto es, para que no se suelte o deshaga. Con la «maza» o el «farcino» se «encabeza», «adoba» o «igualaa». Pero otros cañiceros, en vez de ponerle «trabas» lo rematan con un cosido en aspa por arriba y por abajo. Finalmente, se procede a «esquilarlo» o limpiarlo con el «gaviñete» o la tijera.

Teniendo el material preparado dicen los profesionales que un «cañizo» viene a costar hacerlo unos 35 minutos y si se ponen «trabas», entonces se tarda otros 10 minutos más, y también se cobra algo más caro.

Joaquín Romea, cañicero de Carenas, cuenta que él puede llegar a hacer —teniendo todo el material ya preparado— 40 «cañizos» a 10 horas, y que una vez, y sólo por apuesta, «tejió un cañizo» en nueve minutos y medio.

Pero los cañiceros se quejan de que la gente no mira ya la calidad de una pieza bien acabada y a veces ni siquiera la busca, sino que considera el precio y cada vez se ven obligados a trabajar más *«de batalla»*.

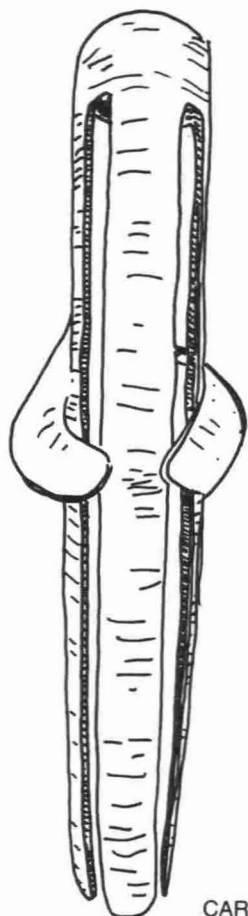
## COMO TECHUMBRE

El «cañizo» empleado debajo de las tejas *«para cubrir el tejado»*, ha tenido un uso prácticamente absoluto por tierras aragonesas. Estos tejados casi siempre responden a dos vertientes, con vigas de madera que sujetan a los «cañizos»; sobre ellos se ponía paja y encima se colocaban las tejas pegadas con barro. Por eso, cuando las tejas se caen, a consecuencia del abandono de las viviendas, lo primero que se ven son los «cañizos» puestos en disposición transversal respecto a las vigas.

La difusión que tiene, al menos formando parte de la techumbre, se puede decir que es todo el territorio aragonés, pero sus mejores focos de elaboración están o han estado en varias localidades, siguiendo el curso

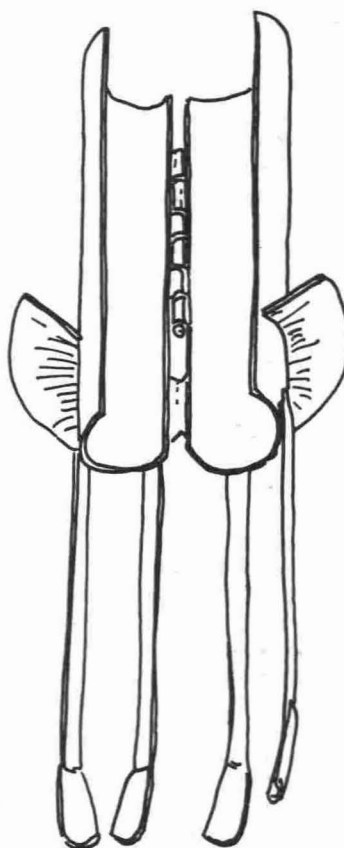
## PELADORES DE CAÑA

ANTIGUO



CARENA

MODERNO



BORJA

del Ebro y el de los cauces finales de sus afluentes, en las zonas geográficas donde abundan las cañas, básicamente en la provincia de Zaragoza.

Es muy difícil localizar a todos y a cada uno de los artesanos que los han elaborado, porque prácticamente cada pueblo ha tenido un cañicero o más de uno. Los datos, por tanto, que a continuación figuran, no son exhaustivos, pero en lo que va de siglo he tenido noticia de la elaboración de «cañizos» en las siguientes localidades:

Ainzón (varios).  
 Almunia de Doña Godina (varios).  
 Aranda de Moncayo (Manuel Tobajas Ruiz).  
 Ariza («Tío Eulogio» y Pablo Tobajas).  
 Ateca (Manuel Palacín).  
 Bardallur (varios).  
 Belchite (Manuel Vaquero).  
 Borja (Angel Pardo Palacín y su hijo).  
 Calatayud (Sr. Rubio).  
 Carenas (Joaquín Romea Esteban).

Caspe (Roque Martín y Felipe Liria).

Codos (Elías Llorente).  
 Epila (varios).  
 Fuentes de Ebro (varios).  
 Grisén (Marcial Comín Capapé).  
 Huérmeda (Baltasar Guajardo Guerrero y Gregorio Guajardo Sánchez).  
 Lécera (varios).  
 Litago (Fermin Rueda).  
 Luna (Faustino y Mariano Vicén).  
 Magallón (varios).  
 Mallén (Salvador «Cachurre»).  
 Montañana (varios).  
 Nonaspe (Pedro Suñer).  
 Pina de Ebro (varios).  
 Quinto de Ebro (Monexport Aragón, S. A.)  
 Ricla (varios).  
 Rueda de Jalón (varios).  
 Tabuenca (Andrés Román «Pistolas»).  
 Tarazona («Tío Ciriaco» y «Tío Casildo»).  
 Tosos (Gregorio Crespo y Fabián y Bruno Muñoz).

## Como «cielo raso»

El «cielo raso» es igualmente un «cañizo», sólo que, en este caso, queda dentro del techo de una habitación, si bien «tejido» con la media caña hacia abajo para que pueda coger correctamente el yeso. Se va clavando a las maderas del techo a medida que lo «tejen». Una vez acabado se le da la «lucidura» de yeso o de escayola y «ya no se ve». De ahí que algunos cañiceros, cuando la caña la iban a emplear para este trabajo, no mirasen la fase de la luna, es decir que no siempre la cortaban en menguante, como era lo prudente, porque no les importaba que se «querase», ya que al ir la caña tapada con el enlucido que se le aplicaba no podría descubrirse. También eran necesarias «lías» de 12/12 para aplicar al ligamento de «cañizos» en los techos de las habitaciones.

## COMO SUELOS

Otra finalidad del «cañizo» ha sido utilizarlo como entrevigado de pisos, por su resistencia al desgaste. Leopoldo Torres Balbás, en 1940, recogió esta noticia relativa a algunos pueblos zaragozanos de la ribera del Ebro:

«El piso bajo suele tener pavimento de tierra o yeso, raramente de losas. En las otras plantas se construyen los pisos con maderas de pino o chopo, rollizos casi siempre, torcidos o resquebrajados, que quedan aparentes y sin pintar; encima se colocan fuertes cañas *entretrejidas*, capaces de sostener el peso de un hombre, y luego, de pavimento, yeso mezclado con aceite, formando una superficie continua y muy lisa, bastante resistente» (2).

## COMO TABIQUES Y PAREDES EXTERIORES

Cuando no se contaba con medios económicos suficientes para adquirir «tochos» o ladrillos, pero sí, en cambio, existían grandes cantidades de cañas en la zona, eso permitía utilizar los «cañizos» como soporte del mortero en los tabiques de separación interiores de las viviendas que luego se cubrían con otros materiales preparados por los albañiles. Este sistema constructivo estuvo vigente, más o menos, hasta mediados de los años sesenta en localidades zaragozanas bajoaragonesas, donde los rigores climáticos no son muy pronunciados.

También se emplearon los «entre-

tejidos» de cañas en los cerramientos correspondientes a zonas secundarias de las fachadas en ciertas localidades. Junto al adobe y al tapial se pueden ver todavía en las paredes exteriores o fachadas de las casas, los «encestados» de las plantas superiores, conseguidos mediante «cañizos» preparados con la parte rajada de la caña hacia el exterior, logrando que se adhiriesen a ella los revocos que se les aplicaban para disimularlo, o se les superponía un enfoscado de arena y cal, añadiendo encima, en varios casos, una capa de color añil.

## COMO ALEROS

Son salientes volados del tejado sobre la fachada sujetos por ménsulas, modillones, etc. Sirven, de acuerdo con el régimen de lluvias o nieves, para que el agua no resbale por el frontis, sino para que la lance fuera de él y evitar así las humedades.

Son muy conocidos y bellísimos los aleros realizados con madera. Pero también durante el barroco parece que se extendió el alero:

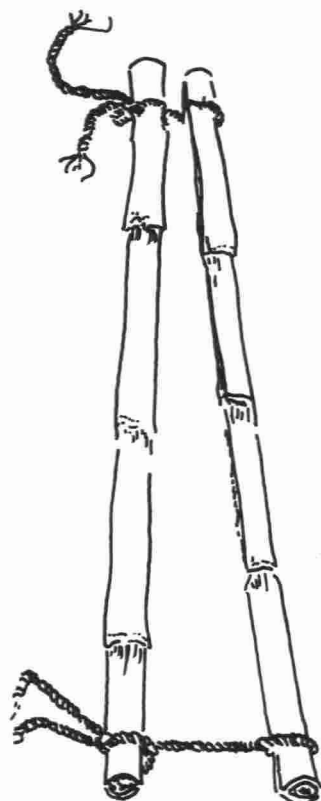
«hecho con cañizos y yeso, con el que se formó el saliente volado del tejado, en forma de escocia o gola egipcia, corrida o abierta por vanos grandes o pequeños o se hicieron fajones en cuyos espacios intercalados se situaron bóvedas de lunetos» (3).

Los que aún perviven son, en realidad, «cañizos» utilizados como soporte de las tejas que, apoyados en los pares de cubierta, forman el saliente. A veces, el «cañizo» cubre los sofitos del alero, en el que pueden aparecer los canecillos de madera y también es posible que ese «cañizo» se cubra de yeso y forme una escocia. Todo ello, no obstante, le resulta algo chocante a Guillermo J. Allanguí, quien se pregunta por qué en un paisaje tan seco como es el de esa zona zaragozana en torno al Ebro aparecen unos aleros enormemente salientes en unas tierras donde apenas llueve (4).

## EL «CAÑIZO» FUERA DE LA CASA

El «cañizo» (y en su defecto el entrecruzamiento de cañas «rajadas») fuera de su misión exclusivamente constructiva, tiene otras varias funciones arquitectónicas o en relación con el adecentamiento urbanístico, aunque en este caso fuera de la vivienda, si bien en relación con ella.

Una de esas funciones es emplearlo en las puertas de las casas



GUIA DE HACER CAÑIZO  
BELCHITE

para proteger las entradas contra el viento y dar sombra, principalmente por la zona de Caspe y alrededores.

No hace muchos años, a mediados de los 70, se pusieron de moda los sombrajos, hechos con cañas «rajadas» que, cosidas con alambre en máquinas especiales, se han fabricado en Grisén y se siguen elaborando en Quinto de Ebro. Estos rollos de cañas se extendían horizontalmente a la altura deseada. Así se cubrieron merenderos, aparcamientos de coches, terrazas de restaurantes, tiendas de campaña, etc. La idea siguió avanzando y, de sombrajos, ahora ya colocados verticalmente, pasaron a ser setos y aislar en forma de valla el interior del exterior y no permitir la visualización de lo que transcurre dentro de un «chalet», piscina, etc.

En las poblaciones donde hay abundancia de cañas es frecuente también ver algunos espacios, acotados, con una estructura rectangular de cañas «rajadas» y «entretejidas» para formar pequeñas jardinerías con rosales, parras, algún delgado arbusto, siempre por la parte trasera de las casas.

Y también las cañas, pero en este caso enteras, se emplean como ele-

mento sustentante de ciertas plantas trepadoras o para evitar que las grandes hojas de algunas macetas se caigan hacia el suelo y sus tallos se tronchen. Para ello, las mujeres clavan dos o tres por tiesto y las exhiben en la entrada de las casas.

La otra función del «cañizo» es que en la provincia de Zaragoza —también en el resto de Aragón— cualquier obra de albañilería que se precie de cierta envergadura, presente en el mismo tajo parapetos o vallas que dificulten seguir con la mirada los acontecimientos que tienen lugar en su interior, si es que la obra se lleva a cabo en la planta baja de la edificación.

Pero, cuando se trata de arreglar una finca completa con más de tres pisos, la fachada se cubre por completo de «cañizos», llegándose a poner hasta un total de 50 ó 60 distribuidos en cinco filas de a ocho, cubriendo también los laterales con los restantes, de modo que no sólo impidan ver el trabajo que se hace dentro, sino que también sirven de cierta protección a los andamios, acotando de paso una zona de peligrosidad para los transeúntes. Los obreros afirman que trabajar así da mayor comodidad y menos vértigo cuando manejan los tablonés, etc. La fachada cubierta de «cañizos», por otra parte, permite el paso tamizado de la luz; en invierno resguarda del frío y en verano transmite cierta corriente de aire no tan bochornosa como si el sol directamente calentase los pisos. Si, además, todavía la obra no está muy avanzada y pueden regar el suelo, el ambiente climático es bastante aceptable.

Los «cañizos» en una obra no sólo toman una disposición vertical, sino que, a veces, también pueden disponerse horizontalmente sobre dos tablonés y volarlos de la fachada, a modo, ellos mismos, de andamio.

#### COMO SECADEROS DE PRODUCTOS AGRICOLAS Y OTROS

Aunque a mitad de camino entre la arquitectura y la agricultura, se ha de volver a citar en este lugar el «cañizo», por la gran importancia que tiene como parte del secado de ciertos productos que necesitan airearse extendidos sobre él o, sencillamente, por servir de agente de filtrado que a través de su tejido permite circular una corriente continua de aire («sobre cañizos las frutas respiran mejor»).

El aire, siempre que sea fresco, ha tenido unos poderes curativos inme-



«Cestaño» o chimenea colmena «arpa» o «gavea» para proteger árboles.

jorables para orear jamones o frutas, mientras que el sol ha secado orejones o ha provocado el mejor desarrollo de los gusanos de seda en su capullo. Y, en ciertas ocasiones, algunos productos han requerido conjuntamente de una combinación de aire y humo.

En Aragón, y, desde luego, en la provincia de Zaragoza, no obstante, el uso del «cañizo», por su versatilidad de funciones, está generalizado para conseguir todas esas posibilidades de aire, humo y sol.

Por lo que se refiere a los productos agrícolas, en la zona oriental y en un amplio marco de localidades que cubren toda la «franja», las «algorfas» o piso superior de las viviendas, casi siempre orientado a mediodía, es un espacio abierto en su parte frontal ideado para que por él penetre el sol y el aire. Cuando se desea secar almendras, ciruelas, higos, manzanas, panizo, pasas, pimientos, uvas, etc., éste es el mejor lugar de la casa, y unas veces colgados de las vigas del tejado (bajo los «cañizos») y otras depositados sobre «cañizos» en el suelo de esa «algorfa», se tiene la certeza de que allí adquieren las condiciones adecuadas.

En otras ocasiones, estos espacios superiores se cierran con «cañizos», tamizando la luz, pero permitiendo el paso del aire, aunque no el

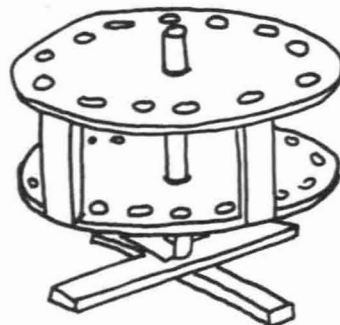
del sol directo. Esta costumbre ha tomado un auge especial en ciertas fábricas del Valle del Ebro (Zaldivar, Naragón, S. A.; B.M., etc.) asentadas en Gallur, en las que se se deshidrata la alfalfa. Sus grandes naveas están dotadas de ventanas cerradas con «cañizos» como único medio de ventilación.

Pero también los «cañizos» se ponían por fuera de las ventanas, colgantes, para sobre ellos colocar la lana, los capullos del gusano de seda y los orejones, utilizando en estos casos el sol como fuente de calor que secase la lana húmeda o que fuera desecando la pulpa del melocotón, proceso muy empleado en todas las localidades bajoaragonesas zaragozanas donde se produce esa fruta. Confiesan que éste es un método inmejorable para que el aire que los deseca pase por debajo.

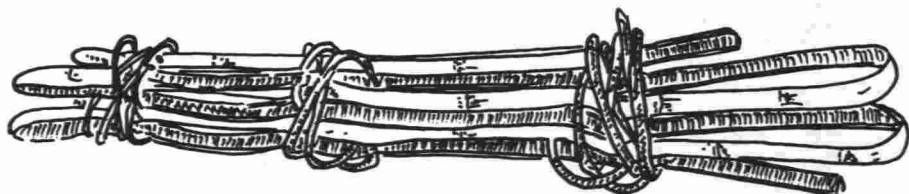
Personas de cierta edad (60-70 años) recordaban en Escatrón que, antiguamente, el panizo se guardaba en unas empalizadas realizadas con seis «cañizos», cuatro dispuestos horizontalmente y otros dos verticales por sus lados, configurando un rectángulo, que hoy ha sido sustituido por cuatro maderos y una malla de alambre.

En Ardisa, los higos y las acerollas se colocan en ristras en las ventanas y después los pasan a «cañizos». En Borja o en Mallén, las ciruelas y los orejones de albaricoque se envuelven en papel y se cuelgan de hilos, o bien se secan sobre «cañizos». En Moyuela, las peras y las manzanas se ponen en el suelo sobre una cama de paja y los higos se ponen en el granero, encima de «cañizos». Incluso el «mostillo» duro se ponía a secar sobre «cañizos». También los tomates, los higos, las manzanas y las uvas puestas sobre un «cañizo» «se guardan mejor». En la zona de Tauste se han hecho las «ceberas» de caña para poner las cebollas al aire.

«Andanas» se llamaba a los «cañizos» volados que sobresalían de las



RUEDA Y CRUZ para hacer CESTAÑOS o chimeneas. Bardallur.



MAESTRA O BARCO DE HACER CAÑIZO



IBDES

fachadas de las casas sobre los que desparramaban los «capeles» del gusano de seda, enmarañados con el embojo y las hojas de morera.

Pero poco a poco va cayendo en desuso, aunque todavía es frecuente el uso de «cañizos» en varias casas de agricultores.

### LA CHIMENEA

Es una pieza hecha en caña de una tradición también secular, al menos por varios pueblos paralelos al Ebro o al cauce final de alguno de sus afluentes (Jalón y Martín, principalmente).

Son piezas de forma cilíndrica o troncocónica, con una altura de 1,50 m. y con una boca que oscila entre 0,25 y 0,30 m. de diámetro, también elaboradas por los cañiceros, pero en este caso empleando un instrumental o bastidor no estático como el empleado para hacer «cañizos», sino circular y que a través de un leve movimiento permite dar formas redondas.

El trabajo de hacer un «cestaño» o chimenea (que igualmente puede servir de vaso de colmena o «arna» como de protector de árboles o «gávea») comienza, como en el caso del «cañizo», con el corte de las cañas, pero ahora el bastidor es una «cruz» sobre la que se coloca una «rueda». El cañicero introduce varias cañas verticales en los agujeros que presentan la orilla de la «rueda», se sienta y comienza a «urdir» la pieza pasando los «gajos» o «cintas» de caña «rajada» un «pilar» sí y otro no. Cuando se le termina, en vez de se-

guir con otra «cinta» en el «pilar» donde acabó, lo hace no en el siguiente sino en el otro para que al doblar no se le salga. Se levanta cuando puede trabajar de pie y finaliza el «cestaño» dándole dos dedos más de anchura en la parte superior, intentando que quede algo más acampanado arriba, dejando así terminada la pieza que va a servir de estructura a las chimeneas de caña. Dicen algunos cañiceros que se vuelven «modorros» de tantas vueltas como se debe dar a la «rueda» para finalizarlas.

Estas chimeneas responden a unos cilindros de caña que se «lavaban» con yeso y que, naturalmente, resultaban más económicas que las de obra.

Una vez hechas por los cañiceros, se colocaban sobre el tejado y por dentro recubrían la caña con barro, a veces pisado con paja, y la encalaban. Confiesan no ser peligrosas, porque el hollín que sobre ellas se iba acumulando con el paso del tiempo las volvía incombustibles. Por fuera se recubrían de argamasa de cal y arena, de barro o de yeso, pero la argamasa parece que no se adhiere bien a la caña y por eso las escasas chimeneas que aún perviven han perdido, por desprendimiento, parte del mortero o «lavado» que les aplicaban, quedando su entramado al aire.

Vecinos, ya mayores, de ciertas localidades en el cauce final del Jalón, recordaban que estas chimeneas de caña fueron características, antiguamente, de las cuevas-vivienda y varias aún se han conservado en Bardallur, en Epila o en Urrea de Jalón.





«Roscajero» en el «Museo de Artes y Tradiciones Populares» de la Universidad Autónoma de Madrid.

En estas mismas localidades puede verse también que alguna de esas chimeneas estuvo instalada sobre casas con tejas curvas.

En Belchite recordaban haber hecho uso, igualmente, de estas chimeneas empleándose para ello los mismos cestos que los cañiceros les hacían como colmenas, que eran cilíndricas, y si se untaban con barro («hacer el lavado») servían perfectamente como chimeneas. Algo parecido sucedía en Fuentes de Ebro. Y, siguiendo Ebro abajo, las chimeneas de caña fueron características también de Pina de Ebro, de Quinto de Ebro, Velilla de Ebro o Escatrón, localidades donde aún es posible ver alguna, medio destruida, encima de sus tejados.

Finalmente, alejadas de este foco ciertamente importante en torno al valle del Ebro, Antonio Serrano observó que, en Pintano, se conservaba en varias casas el «hueco» de las «chimeneas», alguna de ellas hecha de barro y cañas, dice, cubiertas con ladrillo y otras con pizarra (5).

### LOS «ROSCADEROS»

Uno de los regocijos festivos más esperados por hombres y mozos, de siempre, han sido los espectáculos taurinos, en los que poder demostrar a los «mirones» su arrojo y su valentía.

Entre las cuadrillas de profesionales, antiguamente existió la llamada «suerte del cestón», consistente en introducirse en un cesto que se dejaba en mitad de la plaza. Asomándose por dentro y permaneciendo de pie se le ponían las banderillas al toro cuando éste pasaba por delante del

mozo. Cuenta Eliseo Serrano que esta costumbre se mantuvo en la Plaza de Zaragoza hasta 1791, volviendo a reanudarse en 1804 (6).

Otra forma de aguantar el embiste del astado, propia casi exclusivamente de La Rioja y de Aragón, y todavía practicada en varios pueblos de la Ribera del Ebro desde Logroño a Zaragoza, es la de correr toros con un «roscadero», cesto de mimbre sin pelar, troncocónico, de uso agrícola, pero al que se le prepara de forma especial y, en lugar de sus asas correspondientes, se le añade una amplia boca tan abierta que le confiere al cesto una forma acampanada, rematándose con un grueso y fuerte «cordón». Al no tener asas, se hace necesario dotarle de algún elemento de agarre que permita sujetarle bien cuando se produzca la embestida del toro. Ese agarradero aplicándole dos palos paralelos de madera de chopo, uno, inmediatamente bajo la «boca» y el otro casi en el «culo». Además, se le ponen dos trozos de badana para no rasguñarse los brazos. Dos mozos se agarran a los palos y, colocándose uno de ellos el fondo del cesto sobre el vientre, se acercan al toro procurando llamar su atención para que embista. Fuentes de Ebro se puede considerar hoy por hoy la localidad «madre» donde esta costumbre sigue teniendo vigencia, y también el centro productor, porque Francisco Clavería Giménez sigue elaborando varias docenas de «roscaderos» todos los años para «correr los toros» durante las fiestas del verano de casi todos los pueblos de la Ribera zaragozana.

En la actualidad, el toro se corre con el cesto «a pelo», pero algunos ancianos me contaron que, antigua-

mente, el «roscadero» empleado se rellenaba de ropas viejas y, colocando el «culo» del cesto a la altura del abdomen, llamaban al toro y aguantaban el empuje, llevando tras del primer hombre, una ristra de veinte mozos, asidos unos a otros por la cintura. El «roscadero» siempre se había de presentar de frente al novillo y todos los mozos habían de permanecer en línea recta para que el toro acometiera frontalmente y conseguir que ninguno de los hombres fuera agredido por los costados.

Hoy existen pequeñas variantes. En primer lugar, porque esta forma de enfrentarse a los toros ya no se hace por docenas o veintenas de hombres, sino por grupos de 4 o de 5 únicamente. En segundo lugar, porque de hacerse en la plaza del pueblo ha pasado a hacerse en el ruedo de una plaza de Toros. Y, en tercer lugar, porque lo que fue una simple diversión, en la actualidad se ha convertido en una competición que conlleva concursos regionales. Esta competición consiste en contabilizar, durante tres minutos, las embestidas de una vaquilla a un «roscadero» sostenido por cuatro mozos, mientras un quinto debe hacerse con la res y manejarla para que entre o salga de un círculo marcado en la Plaza, aunque no hay una reglamentación que indique hasta dónde tiene que penetrar la cornamenta del animal dentro del «roscadero» para que la embestida pueda considerarse como válida. La denominación de «roscaderos» se ha ampliado también a los mozos que sujetan el cestón de mimbre y estas competiciones se han extendido ya no sólo por la Ribera del Ebro, sino que cada vez son más frecuentes por Calatayud, Cariñena, Ejea de los Caballeros, Luna, Rivas y otros pueblos de las Cinco Villas, etc. Incluso puede haber apuestas de por medio.

\* \* \*

La situación actual de estas piezas, tan zaragozanas, bascula entre la demanda de «cañizos», todavía

muy vigente en las obras de albañilería o como elementos potencialmente decorativos, y su total abandono como forma constructiva tradicional, quedando todavía varios cañiceros que los hacen. El «cestaño» (o chimenea) ha dejado de elaborarse por completo. El «roscadero», en cambio, ante la potenciación de este tipo de festejos, y por haberse convertido en una forma de concurso, tiende a reforzarse en su uso, con la desventaja de que muy pocos cesteros (Francisco Clavería y pocos más), debido a la decadencia del oficio, están dispuestos a hacerlos, pese a que las cuadrillas los paguen bien. Sus avanzadas edades apenas les permiten trabajar. El oficio de cestero por tierras zaragozanas está prácticamente desinstitucionalizado, excluyendo algunos cesteros gitanos que siguen trabajando el mimbre, pero que se han especializado en otro tipo de piezas, lo que no descarta que comiencen a admitir próximos encargos en la línea de piezas como el «roscadero».

#### BIBLIOGRAFIA

- (1) DIAZ SANZ, M. A., y MEDRANO MARQUES, M.: «Las áreas fabriles de Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza): una unidad de producción». Teruel: S.A.E.T., 1986, p. 190. ARQUEOLOGIA ESPACIAL. Coloquio sobre microespacio.
- (2) TORRES BALBAS, Leopoldo: *La vivienda popular en España* [En «Folklore y Costumbres de España»] (Barcelona: Ed. A. Martín, 19), tomo III, p. 433.
- (3) ALVARO ZAMORA, M.<sup>a</sup> Isabel: *Voz Alero* [En «Gran Enciclopedia Aragonesa»] (Zaragoza: Unali, 19).
- (4) ALLANEGUI BURRIEL, G. J.: *Arquitectura popular en Aragón* (Zaragoza: Librería General, 1979), p. 82 (Col. Aragón, 34).
- (5) SERRANO MONTALVO, Antonio: *Alta Zaragoza. Viajes por la piel de Aragón*. (Zaragoza: Excmo. Ayuntamiento, 1977), p. 56 (Cuadernos de Zaragoza, 21).
- (6) SERRANO MARTIN, Eliseo: *Tradiciones festivas zaragozanas. Historia de los Festejos Populares en Zaragoza*. (Zaragoza: Excmo. Ayuntamiento, 1981), p. 127.